

Cuba: Las niñas del Prado de La Habana

Por Ilse Bulit
ilse@enet.cu

La Habana, enero (SEMIac).- A las niñas del primer Prado se les apagaron los sustos provocados por las imágenes vistas a escondidas porque los comentarios del padre les atisbaron la curiosidad. Había niños petrificados al igual que los leones, pero aquellos leones de adorno, según los padres, eran cañones de guerras pasadas y no niños que por tener los ojitos distintos a los de ellas, no merecían convertirse en adornos, adornos feos por esa guerra llamada la segunda.

Parecía que tenían que clasificarse porque vendrían otras y otras. No todas las del segundo Prado supieron de esa guerra puestas en papel. Vivían guerras mínimas del cada día y de esa segunda les llegó de la voz de las abuelas que les hablaron de la escasez del jabón amarillo en esos días en que las envolvían en pañales manchados y los lavaban en abominables jabones de sebo creados por fabricantes caseros.

Ya eran mayores, tenían edad de escuela aunque todas no iban a la escuela. Sí, todas en esa curiosidad analítica encasquetada a la mujer, observaban el Prado que les tocó vivir por los caprichosos vuelos de las cigüeñas.

No existía un muro de metal ni de cantería, ni un guarda armado que gritara un “¡Aquí, no! Eran límites trazados por la presencia de la negra de pechos desmesurados en un lado y del otro, la de cabello sedoso que acariciando una rubia cabecita, en silencio dictaba la línea imaginaria.

Al primer Prado lo envolvía la brisa del Malecón y avanzaba más o menos, hasta la calle Trocadero. Allí pululaban las abuelitas a tiempo completo con acento español y las criaditas venidas del campo en función de manejadoras baratas, huidizas del acoso del llamado hombre de la casa. Buscaban los bancos de mármol protegidos por los árboles.

Al instante, rápidos en escapadas, los varones más atrevidos saltaban al precipicio de la tierra cercana a la calle de tantos vehículos que nunca imaginaron la pérdida de sus marcas originales bajo el apodo de “almendrones”.

Las rectas anunciadas de un *art déco* impresas en el granito eran cruzadas y entrelazadas por los patines, los velocípedos, las carriolas. Las biciletas con ruedas auxiliares para el equilibrio se destinaban a la más atrevida de las hembras, como si por ser hembras jamás adquirieran el equilibrio en la vida.

Llegaban los vendedores. Rehiletos para los niños y “turri turrá” para las niñas. Los primeros intentaban ser enanos molinos de viento. Los segundos, la variante femenina para el ejercicio de esas hembras, nunca igual al de ellos. Semejaban pajaritos con plumas robadas a las gallinas y el apelativo procedía del sonido provocado al moverse contra el viento. Las pequeñas corrían lento para hacerlos mover y sonar.

Las voces de las cuidadoras las alertaban de posibles caídas en que quedarían marcadas sus impolutas piernas, cosa terrible en su futuro casadero. El campaneo avisaba. Llegaba el carrito de los helados que prefería este primer Prado de ventas aseguradas.

Los chinos, sabedores del camino de las sedas, por el tostado salado de sus maníes, las latas calientes por magias imaginadas por estos marchantes poco alzados del suelo, se sabían reyes en todas las estaciones y lugares habaneros.

A la hora de más concurrencia arribaba el esperado por los varones porque el Prado tenía también sus actos circenses. El hombre vestía un atuendo enterizo pegado a su delgado cuerpo en que huesos y músculos sobresalían. Brazos, huesos, torso movidos en sentido contrario a lo natural, especie de reloj de cuerdas que viraba para atrás.

Algunas niñas, las ya convencidas de su debilidad planificada, escondían el rostro en las sayas de las manejadoras. Los fuertes, los varones, preguntaban “el cómo” y alguien decía que estaba descoyuntado.

Venía el acto penúltimo. Sentado en el suelo, pasaba sus piernas por detrás de las orejas y apoyado en el piso saltaba al igual que las ranas. Y así lo nombraban, “el hombre rana” y entonces ejecutaba el último acto, blandía el sombrero en que recogía un mínimo pago por el espectáculo. Más tarde en una vivienda, algún espectador enano lo imitaba y junto al susto de la madre era atendido en una clínica española mutualista.

De la calle Trocadero a Neptuno marchaba el segundo Prado, un Prado más bullanguero. La cercanía del barrio de Colón tatuaba un estigma sobre la frente de cualquier habitante, inclusive los recién nacidos.

Aquí las glorias del *Art Decó* del suelo eran surcadas por carriolas de madera con olor a bacalao de cuando, en su función original, lo contenían. Pies descalzos o con zapatos refrescados con huecos, corrían con palos que eran revólveres de cowboy, espadas de piratas, según a la imaginación le convenía.

A estos niños se les enseñaba a defenderse por sí solos desde muy temprano. Eran amigos desde los solares, de última categoría constructiva, de las casas de vecindad de cierto pudor en las paredes pintadas con lechadas. Se mezclaban los hijos de las lavanderas, de padres vendedores de frutas, los jornaleros a medio tiempo con las madres en activo del oficio mujeril más antiguo y que por la existencia de unas cuadras con casas en que ejercían la función, marcaban ese estigma del barrio y sus vecinos, de la cual ni se salvó en su biografía José Lezama Lima, habitante hasta su muerte de la calle Trocadero.

Poseían la libertad de aquellos totíes que en la madrugada abandonaban los árboles que por no ser frutales, estaban perdonados por la chiquillería. En sustitución del helado de marca, aquí predominaba el duro frío confeccionado en habitaciones cercanas.

El chino manisero, ojo avizor, vendía el maní con el cuidado de que una manita ligera le atrapara algún cucurucho. Las niñas jugaban a la rueda o intervenían en las correrías de los varones. A las mayores les encargaban el cuidado de los hermanitos y a la vez en la reciprocidad de la defensa, a estos les inculcaban que nadie podía toquetear a las hembras, ya fuera niño, joven o viejo.

Aquí también llegaba el circo. El acto magistral lo brindaba un negro alto y forzudo. En su boca inmensa introducía un palo terminado en estopa encendida. A este come candela, sus despiertos admiradores criados en el fuego del carbón del anafe en uso para cocinar o calentar las planchas, no lo imitaban. En el estrecho cerco de la mínima vivienda, una chispa ya les había tocado y más a las hembras, a quienes les encargaban mantener viva la candela a fuerza de abanicarla con periódicos. Gozaban de la demostración diaria, sabiendo que no estaba hecha para ellos.

Este artificio era ofrendado a los turistas y marines ambulantes por la zona preñada de bares con frío acondicionado y mujeres acondicionadas más por necesidad que por gusto a complacerlos.

Para los turistas de pantalones cortos, en aquel tiempo ofensivo para los habaneros y aquellos marines que del día de asueto en la isla, saldrían para alguna misión imposible. Un vividor de ojos inocentes les ofrecía en inglés de sílabas desparramadas la invitación a escoger una carta o a levantar las tapitas de cerveza en un juego en que la velocidad de las manos tejía la trampa.

A esa hora mañanera ya no hay ni niñas ni niños en el Prado. Todos --así en afirmación contundente-- en las escuelas. Quizás, algunos en esa recién inaugurada en una de las aceras, con el nombre de aquel maestro decimonónico Rafael María de Mendive, y a la que asistía un adolescente llamado José Martí, quien cruzaba el Prado para llegar a ella.